

El único que lo sabe.

Ariadna Santos Guerrero

Image not found.

Capítulo 1

Capítulo 1: Rodolfo Alonso Fernández García

—Este sitio cada vez está más sucio... —murmuró el padre Rodolfo mientras barría el suelo de la parroquia.

Rodolfo Alonso Fernández García. Rodolfo por su abuelo y Alonso por su padre. Nació en Extremadura, en un pequeño pueblo fronterizo con Castilla la Vieja. Aunque decir pequeño era quedarse corto, la mejor definición era diminuto.

El pueblo nunca había superado los cien habitantes, ni siquiera en la actualidad. No tenían nada, solo cuatro casas mal puestas. Por no tener, no tenían ni iglesia, su familia debía caminar durante dos horas para poder llegar al pueblo del al lado para asistir a misa.

El único varón en su familia. Sus seis hermanas trabajaban en la costura junto a su madre y él y su padre se dedicaban al campo.

Desde pequeño, tuvo que recorrer largos y tortuosos caminos al lado de su burro Juanito para el intercambio de bienes durante la postguerra. Noches al raso y días calurosos, todo por llevar a casa cualquier producto que pudieran necesitar.

Rodolfo tenía el destino escrito. Debía quedarse junto a su padre para ayudarlo en el campo cuando él no pudiera. Se casaría con alguna moza del pueblo y ambos vivirían en una caja de zapatos donde engendrarían más hijos para que tuvieran el mismo destino que él.

Y a Rodolfo no le gustaban los niños.

Así que un día, sentado en misa, digamos que recibió la llamada de Dios. O lo llamó él, pero eso solo son míseros formalismos.

Se fijó en las manos del cura, absolutamente perfectas y sin ningún cayo. En su piel, blanca y rellena, se notaba que comía bien. Sus ropas estaban planchadas perfectamente seguramente eran de muy buena calidad, de esas que no hacen rozadoras en las zonas más delicadas. Seguro que dormía en una cama mullida, con sábanas e incluso una almohada.

Eso era lo que quería Rodolfo para su vida. Así que ni corto ni perezoso emprendió su carrera en el sacerdocio. Gracias a ello pudo salir del pueblo e ir a otros lados algo más... civilizados.

Ahora, y desde hacía dos años, estaba en Madrid. En una iglesia algo vieja y con una calefacción cuestionable. Pero con tres comidas al día, un

sueldo mensual y un techo sobre su cabeza.

El eco de unos pasos lo sacó de sus pensamientos. Delante de él tenía a una vecina que iba siempre a rezar por las tardes.

—Hay alguien en el confesionario — le indicó.

Capítulo 2

Capítulo 2: El pecado

Al entrar en el confesionario, reprimió un estornudo ya que al sentarse había levantado una enorme cantidad de polvo.

Aquí dentro pudo ver de quien se trataba. Por suerte o por desgracia, ese confesionario estaba roto. Los paneles que servían para proteger la identidad del confesado estaban rotos y no cumplían su única función: salvaguardar la privacidad del confesado.

El padre Rodolfo se encogió de hombros mentalmente. Ya vendrían a arreglarlo.

Al fijarse mejor en la persona, vio que se trataba de un vecino de toda la vida. Siempre lo veía en la plaza con una cerveza en la mano hablando con varios vecinos que echaban la tarde ahí. Incluso lo había visto jugar al fútbol con los niños del barrio.

No era asiduo a asistir a misa y, cuando lo hacía, siempre se sentaba al fondo.

—Ave María Purísima — dijo el padre Rodolfo.

Del otro lado, solo oyó un suspiro. Esperó paciente unos cuantos segundos, pero al ver que no contestaban, insistió.

—Ave María Purísima — replicó elevando el tono.

—Sin pecado concebida... —carraspeó.

—Es la primera vez que vienes a confesarte, ¿verdad? — el hombre asintió con la cabeza —. Pues adelante, siéntete libre de decir lo que necesites.

El hombre se pasó una mano por la cara. Se le notaba nervioso.

—Padre, creo que he cometido un grave pecado...— la voz del hombre temblaba, se notaba que estaba muy nervioso y asustado —. Yo solo quería ayudarla y... —empezó a hablar muy rápido.

—Tranquilízate — le pidió el padre interrumpiéndolo —, cuéntame que has hecho.

—Yo solo quería ayudarla — respiró entrecortadamente —, ella era muy buena conmigo. Y muy guapa. Pero su familia no la quería, así que me la llevé. Ella quería venir conmigo, no soportaba la situación en su casa. Era

muy risueña, siempre me hacía reír.

El padre Rodolfo escuchaba atentamente, temiéndose lo peor.

—Entonces, quiso irse a su casa de nuevo. Yo le dije que podría cuidarla, pero ella no quiso escucharme. Quería irse con su madre. Y entonces...—
tragó con dificultad.

—¿Y entonces? — insistió el padre.

El hombre suspiró lentamente.

—Entonces la maté.

Capítulo 3

Capítulo 3: La confesión

— ¿Cómo dices? — se escandalizó el padre Rodolfo. —¿A quién mataste?

—A la niña —masculló el hombre.

—¿A una niña? — el padre Rodolfo se llevó las manos a la cabeza.

—¿Usted me ha escuchado? — le preguntó algo mosqueado.

—Por supuesto que sí — replicó indignado —. Pero no me había dicho que se trataba de una niña — el padre Rodolfo respiró hondo, intentando tranquilizarse.— ¿Por qué hizo algo así?

—Porque si volvía a su casa, la pequeña tendría problemas. Volverían a hacerle daño. Si ella se quedaba conmigo estaría bien, pero no quiso. Se puso a llorar y... — su voz tembló ligeramente — entonces la maté de un golpe en la cabeza con un jarrón.

¿Ahora qué cojones hacía?

—Cogí su pequeño cuerpo — continuó el hombre — y lo metí en una bolsa. Entonces cogí el coche y me lo llevé.

—¿Dónde?

—Al río Manzanares, lo dejé entre unos cañizos, con la bolsa y todo.

El padre Rodolfo se secó el sudor con el pañuelo de tela que guardaba en la manga de la sotana. Ambos se miraron a los ojos durante unos instantes.

—Debes ir a la policía — dijo el padre Rodolfo rompiendo el silencio —. Debes contar lo que ha pasado y entregarte. Independientemente de que la familia no quisiera a esa niña, Dios sí la quiere. Y se merece un entierro digno para que Él la tenga en su seno y pueda entrar en el reino de Dios y alcanzar la felicidad eterna.

—Lo haré — dijo el hombre secándose las lágrimas—, se lo juro. Pero necesito que primero me dé el perdón. Yo no quería hacerlo, pero se puso a llorar y entonces no supe qué hacer. Solo quise calmarla, no quise hacerle daño. Lo siento, no quise — empezó a balbucear una disculpa entre lágrimas.

—Cálmate de una vez —pidió el padre Rodolfo. — Veo que estás arrepentido, y el arrepiento es primordial para el perdón. Pero debes también confesarte y rezar. Reza por tu alma y por el alma de la niña. Nunca dejes de rezar por ella. Esa será tu penitencia.

—De acuerdo padre, rezaré por ella todos los días de mi vida — dijo el hombre, esta vez más calmado.

—Y, sobretodo, entrégate a la policía. Sabes que debes hacerlo.

El hombre asintió con la cabeza y salió del confesionario. El padre Rodolfo intentó recuperar un poco el aliento ante tal confesión.

—Me cago en Dios... — masculló.

Capítulo 4

Capítulo 4: El caso

—Y ahora debemos contarle un terrible caso — informó el presentador de las noticias —, es información de última hora, así que no tenemos suficientes datos. Lo que sí sabemos es que hoy, día dos de julio de 1978, se ha reportado la desaparición — el presentador hizo una pausa para dar más dramatismo — de una niña.

El padre Rodolfo por poco se atragantó con la cena. Subió el volumen de la televisión y escuchó atentamente las palabras del presentador. Un calor abrasador empezó a emanar de sus poros. La cara se le puso roja como un tomate. Después del sofoco empezaron los sudores fríos y los temblores.

Intentó tranquilizarse. No tenía por qué ser el atroz acto de ese hombre. Él se había confesado y le había jurado que se lo contaría a la policía. No tenía por qué desconfiar de él.

¿O sí?

—La verdad que una noticia así desespera a cualquier padre y madre, al ponerse en la piel de esta pobre familia — continuó el presentador —, por lo que sabemos, la niña no volvió a casa a la hora que le tocaba después de jugar con sus amigos en la plaza de al lado de su casa. La pequeña Lucía, de cinco añitos de edad está en paradero desconocido. Les mostramos una imagen de la pequeña, la verán en pantalla ahora mismo.

El padre Rodolfo se fijó en el rostro de la niña. Su pelo lacio y moreno sujetado en dos coletas altas le provocaba mucha ternura. Su sonrisa era preciosa, le faltaba un diente. Sonreía a la cámara con mucha ilusión. No parecía estar asustada, no parecía estar infeliz. Parecía contenta.

Los sudores volvieron al ver imágenes de la plaza y su iglesia de fondo. Varios vecinos salían en las noticias hablando de la niña y lo feliz que era. De su rutina de cada día y de lo asustados que estaban ahora al pensar que un posible secuestrador estuviera rondando por el vecindario llevándose a los niños a su antojo.

—Por el momento, ésta es la información que podemos darles. Les informaremos del caso más adelante, cuando tengamos más datos. Les recordamos que esta información ha sido de última hora. — El presentador miró fijamente a la pantalla. La cámara hizo zoom hasta tener un primer plano del hombre. —Si usted — empezó —, sí, usted. Que ahora mismo esté muy probablemente cenando y compadeciéndose de la familia. Si tiene cualquier información sobre la pequeña, puede llamar al

teléfono que les facilitaremos a continuación. Cualquier pista, por pequeña que sea, puede ayudar a Lucía a volver a casa sana y salva. Con sus padres, como debe ser.

El padre Rodolfo miraba a la televisión con miedo. Parecía que sólo le estuvieran hablando a él.

—Que tengan muy buenas noches — finalizó el presentador.

Capítulo 5

Capítulo 5: Dudas

¿Y ahora qué?

Esa era la única pregunta que le rondaba por la cabeza al padre Rodolfo. Cualquier ciudadano que supiera lo que él sabía iría directamente a la policía sin dudarle. Pero él no era cualquier ciudadano.

El sigilo sacramental o secreto arcano se lo impedía. No podía revelar ninguna confesión, bajo ninguna circunstancia. Daba igual la gravedad del pecado, cuando se jura este sacramento, no hay vuelta atrás. De hacerlo, podría perderlo absolutamente todo.

Y no iba a dejar que pasase.

Lucía llevaba cuatro días desaparecida. Cada noche, los vecinos del barrio se congregaban en la plaza y pedían por favor que devolvieran a la niña sana y salva.

Todas las noches, dejaba abierta la puerta de la iglesia para que la gente pudiera entrar siempre que quisiera. Algunos vecinos entraban para sentarse y poder estar tranquilos. En más de una ocasión se habían improvisado algunas misas para pedir la protección de la niña y su regreso.

Los medios se habían hecho eco del asunto, varias revistas del corazón habían aprovechado el acontecimiento para cubrir sus portadas con fotografías morbosas de la niña y la familia, inventándose rumores y avistamientos solo para tener sus cinco minutos de fama.

Tanto el barrio como la plaza estaban más animados que nunca. Los más jóvenes estaban encantados de la presencia de las cámaras y se divertían haciendo burlas detrás de los presentadores que, a duras penas, podían retransmitir la información que habían obtenido hablando con los vecinos.

Incluso a él mismo le habían pedido hacerle más de una entrevista, cosa que se había negado en rotundo.

Llevaba varios días sin dormir. Comía a duras penas y no podía concentrarse bien en las misas. Cada día venían varias personas para encender velas en nombre de la niña. El padre Rodolfo incluso había quitado la cajita de las monedas para encender las velas, se llenaba varias veces al día y él no quería sacar dinero a costa de algo tan macabro como

eso.

Los vecinos tenían miles de preguntas que nadie podía contestar, y él solo tenía una:

¿Y ahora qué?

Capítulo 6

Capítulo 6: Aparentar

Dos semanas.

Lucía llevaba desaparecida dos semanas.

Aunque las revistas y los noticieros ya habían olvidado un poco el tema de la niña, en el barrio nadie se olvidaba.

Los vecinos se habían organizado para hacer batidas por los campos de alrededor del barrios, tanto diurnas como nocturnas. También habían creado su propia patrulla vecinal ante la poca presencia policial que había en el barrio.

El padre Rodolfo decidió participar en todo aquello haciendo recoletas de dinero para donarlas a los vecinos y así poder ayudar de alguna manera.

Todos los días daban misas. Incluso llegaron a colgar en la pared de atrás del altar una foto bien grande de la niña.

—Llevo dos semanas sin dormir...— dijo la madre de la pequeña reprimiendo el llanto —Esto e' un sinvivir... no sé ande está mi hija...

La madre de la pequeña apoyó su cabeza en el hombro de su marido, quien se sentaba justo al lado. Ambos estaban sentados en la primera fila de bancos de la iglesia, se habían quedado después de asistir a la misa. Junto a ellos estaban sus dos hijos mayores y un puñado de vecinos, entre ellos, el culpable.

—La entiendo, doña Eugenia...— el padre Rodolfo intentó reconfortarla con sus palabras — lo único que tenemos ahora es la esperanza y no debemos perderla. Dios tiene un plan para cada uno.

—¿Y el plan de Dios era llevarse a mi niña? — preguntó el marido.

El padre Rodolfo hizo una mueca. Miró de reojo al hombre, al culpable. Estaba de pie, justo detrás de ellos. Parecía triste, sin duda sería un buen actor de no ser por estar como un cencerro. Entonces el hombre elevó la mano lentamente hasta dejarla en el hombro de la mujer. Lo apretó con suavidad y dijo:

—No te preocupes Eugenia — dijo con una voz melosa, cualquiera diría que estuviera preocupado por la situación de la familia —, estoy seguro de que la niña aparecerá sana y salva. Nadie querría hacerle daño a Lucía,

era una niña muy guapa.

La madre asintió con la cabeza y le dio unas leves palmaditas a la mano del hombre.

—Tienes razón, Manolo... Lucía es una niña muy guapa...

El padre Rodolfo miró la escena furioso. Estaba claro que ese juego le encantaba. Estaba claro que disfrutaba con el dolor de esas personas.

Pues si quería jugar, debería atenerse a las consecuencias.

Capítulo 7

Capítulo 7: Culpabilidad

Después de los acontecimientos del otro día, el padre Rodolfo no iba a estar dispuesto a seguir manteniendo el secreto.

O mejor dicho, no iba a estar dispuesto a que el tal Manolo se saliera con la suya.

Dada su posición, él no podía decir nada y, tras meditarlo durante toda la noche, solo había encontrado una manera de solucionar todo aquello:

Una carta anonima.

Esa misma noche escribiría una carta anónima indicando quién era el asesino y donde se encontraba el cuerpo. Relataría todo lo que le había contado y la dejaría en algún lado donde la policía pudiera encontrarla.

Pero antes de hacer todo aquello, debía hablar con Manolo e informarle de sus intenciones. Por eso, esa mañana después de dar misa, aprovechó para pillarlo por banda y hablar con él.

Manolo nunca había sido muy asiduo a asistir a misa, pero, desde que había pasado eso con Lucía, no se había perdido ninguna ceremonia. Siempre estaba ahí, en segunda o tercera fila, detrás de la familia.

—Manolo, ¿puedo hablar con usted un momento?

Varios asistentes se quedaron perplejos al ver la petición del padre Rodolfo a uno de sus vecinos de toda la vida. Otros ni siquiera se percataron de lo que pasaba.

—Necesito que me mires algo de la calefacción y, como sé que te dedicas a estas cosas, he pensado que me podrías ayudar.

Manolo asintió con la cabeza sin decir nada. Ambos se dirigieron a la sacristía. Cuando el padre Rodolfo cerró la puerta, se produjo un silencio incómodo.

—¿Qué le pasa a la calefacción?— preguntó Manolo.

—Nada, no te he traído aquí para eso, te he traído para contarte mis intenciones.

Manolo se extrañó por sus palabras, luego de darse cuenta de lo que

pasaba, se puso nervioso.

—Me juraste que confesarías, Manolo — le reprochó, enfadado —. Jurar en vano es un pecado, uno muy grande. Por eso he decidido enviar una carta anónima contando lo que has hecho.

—No puede.

—¿Por qué?

—Porque usted es el único que lo sabe.

Capítulo 8

Capítulo 8: Responsabilidad

El padre Rodolfo se quedó helado. ¿Lo estaba amenazando? Era evidente que sí. Al ser la única persona que lo sabía, si iba a la policía a entregar la carta, muy probablemente ese hombre lo denunciaría por revelar su secreto.

Y, aunque el sigilo sacramental quedaba amparado en el código penal, el hecho de quebrantarlo suponía la excomuniación automática. Por lo que perdería todo lo que había conseguido hasta la fecha.

Ambos hombres se quedaron mirando durante unos segundos. Manolo parecía más confiado consigo mismo, no se parecía en nada a ese hombre pequeño y atemorizado que lo había visitado no hace más de un mes.

—Sabes que debes confesar lo que ha pasado, no puedes dejar que esto se dilate en el tiempo — le reprochó el padre Rodolfo.

—Lo sé, pero si confieso me llevarán a la cárcel. Y mi madre está muy enferma — sollozó —. Si me meten en la cárcel, ¿quién va a cuidar de ella? — Lo miró a los ojos. Su preocupación parecía sincera.

—Entiendo tu postura, pero quien erró fuiste tú desde el principio. La niña debe ser enterrada con dignidad y tú no estás dejando que eso ocurra. El único que lo sabe eres tú. Debes confesarlo — insistió.

El hombre se echó a temblar. Segundos más tarde, comenzó a hiperventilar. El padre le acercó rápidamente una silla y lo hizo sentarse. Se dirigió hacia la otra punta de la pequeña sala, donde había una encimera con una jarra de agua y dos vasos de cristal. Llenó uno y se lo entregó.

El hombre recibió con gratitud el vaso de agua y bebió a pequeños sorbos hasta tranquilizarse.

—Tiene razón — consiguió decir Manolo al cabo de unos minutos —, la niña no se merece seguir en esa bolsa. Ni su familia se merece seguir por este calvario...

El padre Rodolfo sonrió complaciente.

—Celebro que por fin veas el bien, hijo mío — le palmeó el hombro con cariño —. Cuando estés preparado, ve a confesarte. Busca a alguien de confianza con quien dejar a tu madre y cumple tu castigo. La niña debe

estar con Dios.

El hombre asintió lentamente con la cabeza y se levantó de la silla.

—Lo haré, padre — musitó.

El padre Rodolfo asintió con la cabeza. Lo acompañó hasta la puerta de la sacristía. Cuando el hombre abrió la puerta se giró para verlo una última vez a los ojos.

—Se lo juro.

Capítulo 9

Capítulo 9: Resolución

—Y como les veníamos comentando al principio del noticiario — dijo el presentador. El padre Rodolfo miraba atentamente las noticias — el cadáver de Lucía ha sido encontrado esta tarde.

Se tapó con la manta y se acomodó en el sofá. El invierno se estaba acercando y en Madrid hacía mucho frío por las noches. Alguna mañana se había levantado y las escaleras de la entrada de la iglesia estaban completamente heladas. Suerte que unos cuantos vecinos equipados con palas, que previamente habían sido utilizadas para las batidas en búsqueda de la niña, pudieron ayudarlo y sacaron el hielo para que la gente pudiera acceder sin mayor dificultad.

Miró el termómetro que tenía encima del mueble de la televisión. Doce grados. Hacía días que la calefacción no funcionaba bien.

—Al final ha pasado lo que todo el mundo se temía. Esta mañana se ha encontrado el cadáver de la pequeña Lucía. Les recordamos que Lucía desapareció a principios de julio y, ahora, una familia ha encontrado el cadáver en una bolsa cerca del río Manzanares. El cuerpo ha sido encontrado a una hora y media andando, así que la hipótesis de que alguien se la llevó y la dejó ahí es la que, de momento, tiene más fuerza.

Ese día había sido muy duro. La misa ya estaba programada para el día siguiente, ya había hablado con varios familiares para hacer una ceremonia en condiciones. Aún le quedaban unos días duros por delante.

—De momento no se saben las causas de la muerte. Debido al alto estado de descomposición del cadáver, se barajan varias hipótesis. Pero todo apunta a que murió a causa de un fuerte golpe en la cabeza.

—Con un jarrón, para ser exactos — puntualizó el padre Rodolfo.

—La familia celebrará una misa íntima, donde familiares y vecinos le darán el último adiós a la pequeña Lucía. Una niña risueña y preciosa, con toda una vida por delante que no pudo disfrutar — el presentador hizo una pequeña pausa —. Muchas gracias a ustedes por estar con nosotros una noche más, buenas noches.

El padre Rodolfo apagó el televisor y su cabeza empezó a recordar. Sus recuerdos parecían una película muda.

Pensó en el hombre.

Pensó en la familia.

Pensó en la niña.

Pensó en él mismo.

Y se echó a llorar.

Capítulo 10

Capítulo 10: Final

Después de una semana intensa, podía volver a retomar el ritmo de la normalidad. Esa situación había sido muy dura para él, por lo que le había llevado a tomar una difícil decisión: dejar esa iglesia.

Cuando lo comunicó, nadie le puso pega. Entendieron la situación perfectamente y lo destinaron a un nuevo sitio. Un pueblo pequeño a pocas horas de Madrid en coche. Tres Picos, se llamaba el pueblo.

—Hola padre — la saludó una vecina sacándolo de sus pensamientos.

—Hola, Juanita — contestó amablemente — ¿cómo está tu marido?

—Quejándose, como siempre. Aunque ya sabe como es, que le voy a contar — ambos rieron —. He escuchado que se va a ir a otro lao, ¿es verdad eso?

El padre Rodolfo agachó la mirada.

—Sí, me destinan a otro lugar.

—Vaya hombre... con el cariño que le tenemos aquí.

En ese momento, Manolo entró por la puerta de la iglesia, provocando un estruendo que rebotó por toda la sala. Tanto el padre Rodolfo como la vecina se giraron para verlo. Ella puso una mueca.

—Ese hombre... — refunfuñó — Nunca me ha dao buena espina. Siempre se comporta mu raro con los críos.

—Mujer... — la regañó con suavidad — No sea dura con él, su madre está muy enferma.

La vecina se giró para mirarlo con los ojos como platos.

—¡Pero si su madre está muerta! — contestó en un aspaviento — Hará ya unos buenos años — puntualizó.

Manolo y el padre Rodolfo cruzaron miradas. Él entró en el confesionarios.

—Vaya usted a saber lo que le viene a decir — se burló la mujer —. En fin,

me voy. Que pase un buen día.

Mientras la mujer se marchaba, el padre Rodolfo miró el confesionario con recelo. Vacilante, se acercó hasta él y entró.

Tras varios segundos sin decir nada, finalmente el padre Rodolfo habló:

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida — contestó rápidamente —Padre, lo he vuelto a hacer.